



RECUERDOS SOBRE LA AUTOPISTA

DAVID MARIA TELLEGHEA Y SANTAMARIA

Me llevo un gran susto. La carretera de Centolen está cortada. Y allá abajo, el asfalto, nuevo y brillante, corre hacia Irún.

Parece una pesadilla. Un sueño raro de cosas incongruentes. Nada está en su sitio. Ni caserío - metas - gallinas - vacas - perro. Sólo el cielo. Y las nubes que, eternamente, vienen de Jaizquibel.

La autopista se pierde tras las lomas, para luego emerger sobre esbeltos pilares. A lo lejos, un túnel la engulle. Y aun la vomita, más allá, negra y sinuosa.

Es el futuro quien late sobre la autopista. Coches-hierro-humo-personas-números. Que corren. Y sueñan. Y mueren. En una curva. Chatarra de almas. Y vuelta a empezar.

Es el progreso. Comercio - dinero - producción - ascensos - primas - lucha. Sudor y lágrimas. Todo se olvida. Todo se desea. Casi todo se alcanza. Menos la paz. Y la tranquilidad.

Desasosiego.

Viento que ya no mece las flores. Bosques que no cobijan trinos. Ríos que no cantan sobre las piedras. Paisaje de nuestros abuelos, que se fue al pasado, merced al progreso. Para quedarse grabado en la retina de los ojos del alma. Todo se olvida. Hasta la tranquilidad. Del espíritu.

Caminos que conducen al mañana. Gentes que van y vienen. Costumbres que viajan a lomos del recuerdo. Tradiciones que cabalgan con paso cansino. Y se quedan atrás, en una revuelta cualquiera, de lo que fue.

En la autopista de la vida, se corre a gran velocidad. Nada se detiene. Todo se engrana y transmite. El futuro nos atrae como un potente imán. Luchamos con los fantasmas de antaño. Pero sucumbimos. Y al fin somos futuro.

Todo se olvida... Se olvida... Poco a poco... Y se va...

También la autopista desaparecerá algún día. Como aquellas calzadas romanas. Orgullo de un imperio. Y perfectas en su trazado. Y así, el futuro, algún día, pasará a retaguardia. Y se convertirá en pasado, para no retornar jamás.

La autopista es el símbolo de nuestros días. Rapidez - prisas - velocidad. La ruptura ha sido total. Y el cigarrillo que se liaba a la orilla del camino, despacio, entre cien pausas, no tiene razón de ser ahora. Y aquel diálogo cordial, a base de monosílabos, casi. Plagado de silencios y minutos llenos de tiempo, se nos ha ido también para siempre.

La autopista está ahí, incrustada en la tierra. Y en el corazón Grandiosa y solitaria. Atraviesa nuestro

verde país, furtivamente. Sin dejarse ver por los pueblos. Humedecida por el llanto del sirimiri. Desconoce la presión de las llantas de una carreta tirada por bueyes. Y el tintineo de las marmitas a lomos de algún jumento. No sabe del roce de las abarcas sobre su piel de asfalto. Ni de la sombra de los chopos al borde del camino.

La autopista está ahí, bajo las nubes del atardecer. No dice nada. Al sentimiento. Siente el roce de los neumáticos. Y no dice nada. Soporta el peso de grandes camiones. Y tampoco dice nada. Es su destino. Sirve de lecho a la velocidad. Y a través de ella, se intercambian, en poco tiempo, mercancías. Cruzan culturas y razas. Se mezclan lenguas. Y se pierden esencias.

La autopista está ahí, bajo el puente. Al otro lado, continúa la antigua carretera que pasa por Centolen. ¡Cuántos recuerdos! De la niñez. Caserío - metas - gallinas - vacas - perro. El cielo. Y las nubes que, eternamente, vienen de Jaizquibel. Y un olor suave, a heno. A flores en primavera. Y arroyos sin polucionar.

Es el canto del ayer, que fluye de la autopista. Una tonada dulce y melancólica. Una sucesión de arpegios en cascada. «Niños - Sudorosos - Baján - Por la carretera - Sonrien - A la primavera - Y a la vida - Que renace - En los campos.»

La tarde comienza a declinar. Y el horizonte se hace bruma. Es posible que llueva. Más tarde.

Un manzano hace equilibrios sobre la cortada. «Mira, Andoni, antes, había muchos árboles por aquí. Hierba - pájaros - fruta - pas...»

El niño observa la autopista. Las rayas blancas le fascinan. Y el asfalto, tan negro y brillante. No entiende mi plática. Yo, tampoco. Le doy la mano. Nos miramos a los ojos. Y por fin, cruzamos el puente...